

también, un bello nombre de mujer riela, dulcemente iluminando la lobrete de la atmósfera de «Roble Huacho».

Pero por sobre todo, a nuestro juicio, está la inspiración social que ha guiado deliberadamente la mano del autor. Tras la piedad inocua y aparentemente baldía del boticario, está el dedo del acusador, el latigazo en el rostro a la injusticia, a la venalidad, al caciquismo mendaz, que agranda las diferencias económicas del pueblo y cabalga embozado, a la grupa de las influencias políticas, sin crear ni dar nada en la lucha diaria del hombre por su sustento.

Por esto también, «Roble Huacho» es un buen libro.

Concepción-1948.

S. G. M.

<https://doi.org/10.29393/At276-21HSG10021>

«LA IRREVERENCIA HISTÓRICA», por *Sigfrido Radaelli*. (Editorial Sudamericana—Buenos Aires) 1947.

En el deprimente estado de indefensión en que el hombre ha tenido que abrirse paso a través de los siglos, en su lucha constante contra el medio, para dominarlo, subordinarlo, y poner las fuerzas naturales al servicio de sus designios, ha debido crecer en un clima de mitos, sucedáneos que ha ido colocando allí en los huecos donde su inteligencia no puede penetrar. Pero, frente a estos mitos naturales, impuestos por el imperativo de las circunstancias: el temor y la ignorancia, los ciegos agentes creadores de toda las religiones, remontando el curso de las edades, el hombre se ha dado otros mitos y tabues, bien guardados y constantemente reverenciados tras el muro de la *Historia*.

El hecho y el personaje histórico están ahí defendidos celosamente, día y noche. Velan por ellos «los documentos fidedignos» y la guardia negra del chauvinismo, que caerá implacable contra todo aquel que ose detenerse para satisfacer una in-

quietud, o ya con propósitos más serios, para investigar hasta su raíz lo que nos merece dudas. ¡Y, hay períodos en que la jauría se exalta y recrudece en su celo, arremetiendo hasta destruir o rebajar o negar el pan a quien quiso penetrar en el sanctasanc-tórum de la «verdad histórica», siguiendo el hilo de Ariadna hasta el centro mismo del dédalo en que yace desnuda y sonrojada: ... La Verdad!

Así, los años y los siglos han deificado en el bronce, en los himnos, en las epopeyas o en las historias patrias o allí mismo han excecado con la calumnia, el silencio deliberado o la deformación de su personalidad a hombres que no merecieron ni una ni otra cosa.

Pero, ¿cómo llega hasta nosotros la historia? Generalmente por el contemporáneo del hecho histórico, cuyo relato transido de pasión o la inclina al ditirambo o a la injusta denegación de todos los valores. Por eso, el cuadro histórico puede ser un perfecto diorama, según desde donde reciba la luz

No habrá, pues, cosa juzgada ante la historia, sino cuando el tiempo logre ubicarnos en un terreno espectacular y nos permita con serenidad, una discriminación libre del prejuicio de la ignorancia y del patriotismo llorón, típico de las conmemoraciones de las efemérides nacionales, cuando hasta un animoso hortera nos lee compungido y lleno de fervor un tratado sobre un prócer.

Por esto es por lo que, es osado y heroico el breve e incisivo ensayo del autor argentino Sifrido A. Radaelli: «La Irreverencia Histórica», que se inspira en el juicio de B. Croce: «È evidente che solo un interesse della vita presente ci può muovere a indagare un fatto passato». (Evidentemente, sólo un interés por la vida actual puede movernos a estudiar los hechos del pasado).

Acaso una de las rectificaciones históricas más espectaculares es la que en los últimos años se abre camino en torno a la personalidad de Catilina, «el fementido, vicioso y criminal aristócrata», que atentó «alevosamente» contra la República

Romana y a quien hemos conocido por el tránsito invariable que ha tenido hasta nosotros la leyenda y el juicio de sus contemporáneos, y, especialmente, de Cicerón, su formidable enemigo, que llegó a crear una nominación universal para calificar los intentos de subversión y alzamientos contra el poder constituido, con sus célebres «Catilinas». Hoy, el lapidado Sergio Catilina, sería un reformador social, el líder de un pueblo pauperizado, dominado por una gerontocracia cómoda, degenerada y corrompida, cuyos corifeos defendieron hasta sus últimas consecuencias... Y, ¿qué sabemos de la primera juventud de Octavio, conocido generalmente por Augusto y de la moral de Marco Antonio... etc.?

Al traer estos recuerdos, deliberadamente nos ubicamos en un plano tan lejano, para aludir sólo al patrimonio de la historia colectiva, que ha contribuido a forjar las bases de sustentación de la civilización occidental para no caer en límites vedados por su proximidad.

Dice Radaelli: «Toda revisión del pasado supone una correlativa revisión de lo actual. La historia nos ayuda a manejarnos hoy y a explicarnos hoy muchas cosas: inversamente, nuestra manera actual de comprenderlas moldea y define muchas reconstrucciones y revisiones. Así, sin quererlo, casi siempre, los historiadores funden los tres tiempos dentro de su vaso mental; comienzan haciendo descripciones y terminan haciendo política. Ahora, «lo que yo pido a los historiadores—repito con Ortega y Gasset—no es más sino que tomen en serio eso mismo que hacen, que de hecho practican, y en vez de construir la historia sin darse cuenta de lo que hacen, se preocupen de construirla deliberadamente».

Tal vez es mucho decir, y, acaso la obra de restauración pudiera también estar influida de propósitos ajenos al verdadero interés permanente que se pretende servir.

Lo importante, a nuestro juicio, es eliminar la idea preconcebida, el prejuicio, positivo o negativo, frente a lo que se nos

enseñó como realidad histórica. No se trata de provocar un prurito de duda ante lo establecido, sino de tener el valor de asumir la actitud que conduzca a una limpia crítica, por qué no calurosamente humana?, para juzgar el pasado, sin temor aún de escudriñar la intimidad del héroe donde reside muchas veces la causa inicial, determinante, de fenómenos y acontecimientos posteriores, aparentemente inexplicables por la rígida aplicación del método clásico que se cree obligado a emplear el historiador para no perder su gravedad. Esto a veces puede transformarse en una labor de verdadera profilaxis.

Y en la tarea, afirma Radaelli, «habrá de quedar esta tranquila satisfacción: la de haber devuelto sus méritos a quienes los mantenían ocultos, la de haber bajado de su pedestal a falsos héroes que estaban equivocadamente expuestos a la gloria».

Esta es, en definitiva, la irreverencia histórica.—S. G. M. Concepción, 1948.



«FILOSOFÍA DEL QUIJOTE» de *Mario Osses*

La tesis de este interesante ensayo de Osses se desprende—si no lo hemos malentendido—de la rara afirmación de que España es prócer en el pensamiento filosófico occidental. Que España carece de hegemonía científica y filosófica es hecho serenamente indiscutible. Mario Osses afirma que se trata de una filosofía sin etiqueta, no estrictamente diferenciada, sino navegando en la intimidad de las obras de arte. Para nosotros esta navegación es más un naufragio. Y no otra cosa puede probar Osses al mostrarnos la presencia simbólica de platonismo y cristianismo en la obra de Fray Luis, Calderón y Cervantes. Porque en ellos aparece—o puede hacérsela aparecer más o menos convincentemente—una filosofía ennoblecida, pero general a su hora y, en verdad, no original.